

el vaso más delicado encierra el licor más potente y esencial.

Y así ha bajado al reino de las sombras esa alma trágica, á quien Dante admitiría en los círculos de su infierno. Ha bajado con el ceño fruncido, los puños crispados, la boca contraída, los ojos fieros y centelleantes. El hilo de sangre de su herida resalta sobre la palidez del rostro; y al hallarla sufriendo el suplicio de los «violentos contra sí mismos», el poeta florentino deja caer sobre la feroz virgen esclava una mirada de compasión...

Como lady Macbeth, la rusa puede decir «para esta acción quiero quitarme mi seso.» ¿Qué tendrá aquel país de negra gleba y blancas nieves, que de tal modo exalta á sus hijos? Trasplantados los rusos á París, se creería que la ciudad, animada y tranquila

á poco, invadido Fornos por otra clase de público, perdió su clientela del gran mundo, y la adquirió literaria, política y alegre. Salió, para sus intereses, ganando; siempre estaba lleno Fornos, especialmente desde las doce de la noche á las cuatro de la madrugada. Y como el dinero no tiene blasón, yo comprendo que el popular café estuviese de enhorabuena.

Lo que desearía saber es la razón por qué, con tanta prosperidad, Fornos ha decaído y se ha visto envuelto en las redes del desahucio. Parece que, al contrario, deberían estar sus dueños nadando en oro.

¿Se han acabado los matrimonios por sorpresa! Con excelente acuerdo, la Iglesia ha declarado que no son válidos, á pesar de la teoría canónica de que, en este sacramento, los ministros son los contrayentes.

De diez veces nueve, el matrimonio por sorpresa consolidaba una locura, una chiquillada ó un cálculo interesado. De diez veces nueve, los que se unían así, á los pocos meses darían algo bueno por desunirse y quedarse como antes, libres, sueltos y señeros.

Matrimonio por sorpresa hubo en que los contrayentes no aguardaron ni esos pocos meses para echar cada cual por su lado. El caso fué curioso. Tratabase de una heredera, y el tutor rehusaba el consentimiento y la tenía medio secuestrada. Una mañana, escapóse de su casa la dama; el galán ya la esperaba en la iglesia, con dos testigos. «Sorprendieron» al párroco, y cátales marido y mujer. Pero sucedió que el novio, al ver realizados sus deseos y todo según su voluntad, sintió un impulso de júbilo, y en la misma sacristía rompió á bailar, haciendo zapatetas, como Don Quijote en Sierra Morena. Ver la novia el baile y concebir por el novio una especie de repugnancia invencible, fué todo uno. Ella esperaba sin duda ese recogimiento, ese transporte silencioso que da la felicidad verdadera. Aquella coreografía la hirió, como hiere la ridiculez de lo que amamos. Y desde la sacristía misma, con un bien buscado pretexto, se reintegró á su casa, al lado de su tutor. El novio tuvo la debilidad de no sujetarla con sus brazos, de no arrebatársela consigo; y ya nunca más volvieron á reunirse en este mundo.

El novio agotó todos los recursos para hacer que su legítima esposa se uniera á él. Ella se negó tenazmente. De ahí un pleito monumental, que duró diez años lo menos. Al cabo, como el matrimonio no era sino nominal, como desde el instante de la boda no habían cambiado una palabra los cónyuges, fué abolido, y ambos contrayentes quedaron libres y dueños de sus personas, decisión que sólo tuvo el defecto de haberse hecho esperar demasiado, por la lentitud de tortuga de los procedimientos legales.

Otro matrimonio por sorpresa me refirieron y es, cuando menos, original... La escena pasó en la Habana. Un joven oficial de la guarnición llevaba amorosas relaciones con una criolla rica y guapa. Los padres de la novia se oponían con todas sus fuerzas, y dificultaban, no ya la boda, sino hasta las más rápidas entrevistas. Se celebró un baile en el palacio de la Capitanía general, y á él fué invitada la familia de la joven, y á él asistió, naturalmente, el oficial peligroso. Los padres de la hermosa vieron, no sin profunda alarma é indignación, que el oficial sacaba á bailar á su hija, y que ésta aceptaba, y que se perdían, enlazados, en el torbellino del vals. ¿Qué hubiesen dicho si supiesen que la pareja, cogida por la cintura, dando vueltas y más vueltas entre el gentío, había acabado por detenerse un momento solo ante el capellán del regimiento del oficial, que, grave, arremado á una puerta, veía girar á los locos danzarines! El capellán de un regimiento es el párroco natural de todos los individuos que componen esta colectividad, y ante él, rápidamente, los enamorados murmuraron el «quiero por esposa...», «quiero por esposa...» que bastaba para consolidar la unión. El capellán, comprendiendo la ojeada suplicante y angustiosa del novio, vaciló un punto, y al cabo, vencido por la simpatía hacia su amigo y oficial, extendió los dedos y bendijo... Y al extinguirse la última cadencia del vals, al desceñirse los brazos de las cinturas, los dos enamorados quedaron tan casados como mis abuelos y mis padres, que es cuanto puedo decir de casamientos bien remachados y hechos según Dios manda...

La verdad es que todo esto era algo fantástico, y que el sabio y formal matrimonio del Concilio de Trento no debe andar en semejantes aventuras. No cuadran con su solidez, su seriedad y su empaque. Y como el casarse es cosa tan para pensada, cuantas más tranquilas se le pongan será mejor.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Qué es la *grippe*? Un duendecillo, un Proteo, un genio maléfico, al cual es imposible seguirle los pasos. Toma todas las formas; ataca á todos los órganos; se divierte en aparecer allí donde menos se piensa; disimula su malicia, oculta su fuerza, embosca sus baterías, se emboza en obscuridades, aparenta sencillez..., y se apodera del cuerpo, llevándolo, lentamente, hacia su destrucción. No hay nada tan insidioso como la *grippe*. Al pronto, nadie se cuida; y cuando quiere cuidarse, ha pasado la oportunidad: la *grippe* es ya más fuerte que nosotros.

Lo primero que causa la *grippe* es una debilidad general, una depresión de las fuerzas vitales. Se siente el molimiento que sigue á las palizas. De ahí el expresivo nombre de *trancaso*, que la *grippe* recibe algunas veces.

Ese molimiento prepara todos los demás fenómenos subsiguientes y concomitantes de la *grippe*. El estómago se anubla; la cabeza se aturde; la garganta se aprieta. Con una sensación de brasa ardiente en la laringe escribo esta crónica. No habrá que extrañar que también ella sea floja y débil, y parezca acabada de apalear.

Si hay un suicidio romántico, es el de la joven terrorista rusa que puso fin á sus días porque el Comité no la confiaba una misión destructora; porque revelaba que no la creyesen capaz de hacer algo enorme y horrible. ¿Verdad que es cosa digna de tentar á un novelista, á un dramaturgo? Hace pocos días asistí á la representación de una bufonada que ahora lleva por título *La famosa Teodora* y que Tina di Lorenzo nos ofreció en primavera bajo el título de *La moglie d'Arturo*. La obra es un sainetón, basado en el propósito de una nihilista de pasar la frontera rusa para cometer una barbaridad. Como la farsa es inverosímil, la impresión que en el espectador produce es que no pueden existir tales mujeres, con tal exaltación de fanatismo. Y sin embargo, existen, y la *Elena* del sainete es una pálida calcomanía al lado de las nihilistas reales y auténticas, que guardan en su alma el volcán de esa pasión extraña, el amor de la muerte, de la sangre, del crimen político.

¿Por qué son especialmente las mujeres las que sienten este terrible impulso? ¿Es que efectivamente hay en ellas mayor sensibilidad, mayor dosis de idealismo—entiéndase como se entienda la palabra—que en el hombre?

Yo no lo he creído nunca. Los grandes arranques sentimentales y los grandes idealismos, la historia los señala en el varón. Fué el hombre quien se alzó para las Cruzadas; fué el hombre quien fundó las Ordenes religiosas; fué el hombre quien creó el arte. En esto la mujer va siempre á la zaga, y su entusiasmo y su vibración son meramente reflejados, no cabe duda. Sólo en estas crueles y candorosas bárbaras del Norte observo que sobrepujan á sus compañeros en decisión, ceguera, energía y vehemencia. Ningún ruso, que yo sepa, se ha suicidado por desesperación de que no le encarguen suprimir al zar, ó por lo menos á algún general, director de policía ó ministro. Para llegar á esta demostración suprema del valor, comparable á la de Arria cuando decía á su tímido marido «no duele», arrancando de las entrañas el sangriento cuchillo, es preciso ser mujer, sentir la necesidad de probar que no se es débil, que la fortaleza no es patrimonio del varón, y que tal vez



Enrique Farman, que con su aeroplano ha realizado recientemente en París la prueba del kilómetro del circuito aéreo ganando el premio Deutsch-Archdeacon de 50.000 francos. Véase la descripción en la página 66. (De fotografía.)

á un tiempo, laboriosa y prosaica, donde se come bien y se vive mejor, debiera aplacar su calentura y traerles al camino de la normalidad. París es un pueblo muy sensato, muy preocupado de intereses materiales, y donde, salvo algún que otro atentado anarquista, no se registran casos de insania política. Pero los rusos se traen en su samovar el espíritu de su tierra. Pasan por París como debieron de pasar por Corinto los apóstoles (salva sea la comparación, porque los apóstoles no intentaban hacer daño á nadie). Sólo están en París á fin de caer sobre el vasto Imperio; agazapados, aguardando la ocasión propicia.

Estos días se ha lamentado elegíacamente la clausura de Fornos, como si se tratase de la clausura de algún centro docente del cual saliese la luz para muchos cerebros y el consuelo y la dirección para muchas almas. Ni Boabdil despidiéndose de la Alhambra, ni los puritanos embarcándose en la *Mayflower*, han suspirado por lo que dejaban atrás, como los periódicos de Madrid suspiraron y gimieron por Fornos, que á decir verdad es el foco de los trasnochadores y el sitio donde se arman las juergas y las broncas, y no le conozco otro mérito especial al famoso café, ya vuelto á abrir y funcionando de nuevo, para tranquilidad de sus parroquianos y panegiristas.

Pocos años después de la Revolución de Septiembre, Fornos era todavía un sitio adonde se podía ir á cenar, en *bonne compagnie*. Señoras conocidas, gente de la buena sociedad, se iba allí después del teatro, y á nadie le parecía extraño ni inconveniente. Poco